

Estudios Eclesiásticos alcanza hoy su número 200. Este hecho, obviamente circunstancial, viene a coincidir con un momento especialmente significativo para el quehacer teológico en la Iglesia y en España. Primero en la Iglesia, porque precisamente en estas fechas la Sagrada Congregación para la Educación Católica trabaja intensamente en la puesta a punto de un documento decisivo que pronto verá la luz pública, con el que se pretende canalizar definitivamente las orientaciones del Concilio Vaticano II sobre la investigación y la enseñanza de la Teología. Nos referimos a la nueva Constitución sobre los estudios teológicos, que vendrá a sustituir a la *Deus Scientiarum Dominus*, promulgada por Pío XI en 1931. Evidentemente, nos encontramos — por esta sola circunstancia — en una conjuntura singularmente propicia para la reflexión sobre el pasado y la reorientación con vistas al futuro. Por otra parte, la situación de cambio profundo que está viviendo España desde el punto de vista político, con sus inevitables implicaciones en todos los ámbitos de la vida nacional, nos invita también a replantear, con toda seriedad, el papel que Estudios Eclesiásticos puede jugar, desde su modesta posición, en las nuevas circunstancias históricas que inevitablemente se nos avecinan.

Nuestra revista nació en 1922, como órgano de expresión, a un nivel estrictamente científico, de las Facultades de Teología que la Compañía de Jesús dirige en España. Es justo reconocer, desde la más imparcial objetividad, el gran servicio que Estudios Eclesiásticos ha prestado al desarrollo de la ciencia eclesial en nuestro país y entre los abundantes destinatarios de la revista más allá de nuestras fronteras. Pero, al mismo tiempo que reconocemos gustosamente estos servicios del pasado, estamos persuadidos de que, en este momento, se impone la necesidad de una nueva orientación. Por una razón que el lector — así lo esperamos — comprenderá fácilmente. El origen de nuestra revista hay que buscarlo en la evolución y desarrollo de *Razón y Fe*, que apareció por primera

vez exactamente al comenzar nuestro siglo. Hasta 1922, los profesores jesuitas de las Facultades eclesiásticas no dispusieron de una publicación periódica de carácter científico especializada en sus diversas materias. La mayor parte de los artículos y comunicaciones de aquellos profesores se canalizaban a través de Razón y Fe. Pero esta revista, según el criterio de los propios redactores de Estudios Eclesiásticos, vino a resultar con el paso del tiempo "un recinto angosto y estrecho". Porque "abarcaba otras muchísimas materias, tenía que tratar de asuntos profanos, de cuestiones que no entraban en la esfera de las ciencias eclesiásticas, de estudios modernos y de palpitante actualidad, en que los lectores ansiaban ver la luz para la verdad cristiana que rasgue las tinieblas que la circundan. Por eso se creyó oportuno dividirla; separar lo puramente eclesiástico, es a saber, las ciencias propias y características de los sacerdotes, de las profanas, pertenecientes a los seglares y de éstos especialmente profesadas" (así dice textualmente el artículo, firmado por la Redacción, titulado Origen de "Estudios Eclesiásticos", y publicado en el n.º especial que la revista dedicó en 1929 a la pequeña historia de la propia revista, pg. 5).

Por supuesto, es perfectamente comprensible que los profesores especializados en ciencias eclesiásticas quisieran disponer de una revista propia en donde pudieran publicar los resultados de su estudio y de sus investigaciones. Como también es comprensible que, tanto entonces como ahora, se vea la conveniencia de que exista una o muchas revistas especializadas en "estudios eclesiásticos". En todo caso, lo que ya en nuestro tiempo no resulta comprensible es que se pretendía mantener una publicación que quiera ser verdaderamente científica y que, sin embargo, se siga inspirando en aquel planteamiento. En efecto, según el texto que acabamos de citar, la revista Estudios Eclesiásticos nació por el deseo de deslindar cuidadosamente "las ciencias propias y características de los sacerdotes, de las profanas, pertenecientes a los seglares". Esta separación entre la ciencia sacerdotal, por una parte, y el resto de las ciencias, por otra, hoy nos parece insostenible. Primero, porque eso sería un atentado contra la misma ciencia "sacerdotal", ya que entonces los eclesiásticos se verían condenados a ser los especialistas de un saber bloqueado en sí mismo y por eso sin referencia al mundo cultural que les circunda. Segundo porque eso representaría una amenaza muy grave para la misma teología, puesto que, como ha dicho recientemente la Sagrada Congregación para la Educación Católica, "la relación hombre — Dios está en el centro de la economía de la salvación, en la que la Revelación, y por eso la teología, son propter homines. Ahora bien, las ciencias del hombre y de la naturaleza, cada una a su modo, ofrecen a la teología una ayuda válida para

*mejor conocer al hombre, uno de los términos de la relación antes indicada" (Sacra Congregazione per l'Educazione Cattolica: Formazione Teologica dei futuri sacerdoti. Roma — Tipografia poliglotta Vaticana, 1976, n.º 54, pg. 22—23). Por eso, el mismo documento indica a continuación: "el contacto con las ciencias enriquece temáticamente a la teología y le impide aislarse culturalmente en un mundo, como el nuestro, en el que esas ciencias tienen un amplio florecimiento y suscitan interés universal" (l.c.).*

*Todo esto nos viene a decir que hoy no se puede hacer teología — y menos aún filosofía "eclesialística" — como se hacía por lo general, y fuera de casos aislados, en España allá por los años 20. Hacer teología en nuestro tiempo es una tarea que comporta necesariamente tomar en serio no sólo a Dios, sino también al hombre. Es más, a poco que se piense en este asunto, enseguida resulta evidente que nadie puede tomar en serio a Dios y hablar lúcidamente de él, si no se interesa al máximo, y al mismo tiempo, por los hombres. Teniendo en cuenta que este interés fundamental por todo lo humano no se puede dar por satisfecho si se limita a la consideración especulativa de aquella abstracción antropológica que las ciencias eclesialísticas recientes heredaron a-críticamente de la filosofía medieval. Desde este punto de vista, reconocemos que el interés por lo humano que, en no pocos casos, se ha puesto de manifiesto en nuestras publicaciones teológicas (nos referimos concretamente a la producción científica de nuestra revista) necesita, en este momento, un correctivo fundamental: ya no se trata de hablar del hombre, y al hombre, desde los presupuestos de la ciencia de otros tiempos. Ni siquiera se trata de hablar de esas cosas desde los solos presupuestos de la ciencia, incluso la más coherente y actualizada. Por supuesto eso es necesario. Pero no basta. Por la sencilla razón de que si hoy queremos hablar del hombre y al hombre (para así hablar de Dios), no tenemos más remedio que asumir, no sólo las ciencias del hombre, sino además las situaciones que atraviesan y viven los hombres de hoy.*

*¿Qué significa esto en la práctica? Significa que nosotros, en este momento, estamos persuadidos de que nuestra revista prestará el servicio que debe prestar a la Iglesia y a la sociedad, en la medida en que se preocupe seriamente por la compleja problemática que hoy viven los cristianos en las múltiples y variadas situaciones que se les presentan no sólo como hijos de Dios, sino también como hijos de esta tierra. Al afirmar esto, no queremos insinuar que esta preocupación haya estado ausente en el quehacer de nuestra revista durante los años pasados. Lo que pretendemos decir es que, a partir de este planteamiento fundamental, nos propo-*

*nemos emprender la línea de pensamiento que va a orientar a Estudios Eclesiásticos en el presente y en el futuro más próximo.*

*Por lo demás, es evidente que asumir este proyecto comporta un riesgo. Porque es claro que una revista que quiera echar lúcidamente por este camino, dejará inmediatamente de ser una revista inofensiva. Hablar de las situaciones concretas y de los problemas reales que vive la gente es siempre una cosa complicada. Pero si además eso se hace desde la fe, entonces resulta no sólo complicado, sino además comprometido. Porque hablar desde la fe es hablar desde la libertad. Y de sobra sabemos que la sociedad alienada y alienante que nos ha tocado vivir (no nos referimos sólo al caso de España) no está dispuesta a tolerar, sin más, las consecuencias de una libertad que pretenda ser verdaderamente responsable. Con todo, no obstante el riesgo y las posibles equivocaciones en que podamos incurrir, nos parece que ésta es la salida coherente que hoy puede tener una revista científica de teología. En todo caso, sabemos que esta opción de atender más a los "signos de los tiempos", con todo lo que eso comporta, no es más que el método que sugiere y recomienda la Gaudium et Spes (v.g. n.º 4, 11 y sobre todo en el 44). Esta salida, o para decirlo más claramente, esta línea de pensamiento, no significa en modo alguno el renunciar al carácter estrictamente científico que hasta ahora ha querido mantener Estudios Eclesiásticos. Precisamente se trata de todo lo contrario. Si asumimos esta opción es porque estamos persuadidos de que la Teología deja de ser científica desde el momento en que se desentiende de los problemas reales y de las situaciones concretas que viven los hombres a los que esa teología debe servir. Una teología descomprometida ya no es ciencia, sino anti-ciencia o, en otras palabras, es pura ideología al servicio de otros intereses, que distan mucho del único interés que debe animar al quehacer teológico: servir a la Iglesia y a la sociedad. Desde este punto de vista, queremos abordar los problemas del pasado y del presente. Haciendo notar expresamente que este enfoque de la revista no significa en modo alguno que en ella no tengan cabida las cuestiones históricas que afectan a la Revelación y a su transmisión en la Iglesia hasta nosotros. La teología no se puede desentender del pasado. Es más, creemos que debe volver constantemente al pasado porque la finalidad de la ciencia teológica, rectamente entendida, participa de la función inherente a los escritos del Nuevo Testamento. Esta función consiste en hacer viva, presente y actual en la Iglesia la potencia salvadora del acontecimiento salvífico de Cristo, sucedido en un pasado ya remoto de nuestra historia. La labor de redescubrir, por medio de la investigación histórica y de la metodología crítica moderna, la vida que se oculta entre los estratos literarios pertenecientes a épocas antiguas, pe-*

*ro ricas de comprensión actualizada del acontecimiento de Cristo, no tiene por qué tildarse de arqueología larvada, si esa labor se hace a partir de un convencimiento fundamental, a saber: que la fides quaerens intellectum no se refiere a un entendimiento a-histórico y a-temporal, sino que se ve remitida esencialmente a la inteligencia históricamente condicionada y en constante transformación a nivel individual y colectivo. Lo cual quiere decir, por una parte, que la reflexión sobre el mensaje revelado, y su consiguiente proclamación, habrá de tener siempre en cuenta la situación concreta del oyente al que va destinado el mensaje y, por otra parte, que, si no quiere pecar de pura actualización contemporizante y alicorta del mensaje evangélico, debe abogar constantemente por un criticismo histórico atento a la experiencia total del cristianismo dentro y fuera del período primitivo y capaz de tomar en serio el criterio de la fecundidad inagotable del acontecimiento histórico de Cristo. Por eso, estamos persuadidos de que la fidelidad al destinatario actual de la Palabra es también un criterio decisivo de la ortodoxia cristiana que queremos mantener, sin caer, naturalmente, en una instrumentalización hermenéutica de la Palabra de Dios.*

*Por último, nos parece oportuno informar a nuestros lectores de que, en el orden práctico de la programación de la revista y precisamente para facilitar la consecución de los fines apuntados, nos proponemos dedicar cada año dos números monográficos a temas de especial actualidad tanto en el terreno estrictamente teológico, como en el campo de la relación interdisciplinar de la teología con las ciencias del hombre.*

EL CONSEJO DE REDACCION